El Padrenuestro

LEIDO

Rudolf Steiner

Reflexión esotérica
Editorial Antroposófica
Versión castellana de Juan Berlin
Primera edición en castellano: Editorial Antroposófica 2006
e-mail: info@antroposofica.com.ar
www.antroposofica.com.ar

En esta reunión quisiera emprender algunas reflexiones en torno a la pregunta: ¿en qué sentido, los credos religiosos nos patentizan, en concretos ejemplos, su fundamento científico-espiritual o esotérico?

Hoy me limitaré a un fragmento muy pequeño, aunque inmensamente importante, de esa pregunta, relativa al fundamento científico-espiritual de loas religiones. Lo que me propongo es presentar un hecho conocido por todos, incluso por los hombres más ingenuos de nuestra cultura; es un hecho espiritual que contiene insertas en su misma entraña las más profundas verdades y esotéricos arcanos. Basta buscarlos, para darse cuenta de cuán sabias, a la vez que cuán misteriosas, son las concatenaciones dentro de la vida espiritual de la humanidad.

5

Tomemos como punto de partida de nuestra reflexión, la pregunta por el significado de la oración cristiana; todos ustedes conocen lo que hoy se designa con este nombre. Ya lo hemos comentado en ocasiones anteriores y, sin duda, uno u otro antropósofo se habrá preguntado: ¿qué relación existe entre la oración cristiana y la concepción científico-espiritual del mundo? En recientes años, esta concepción del mundo ha permitido a los miembros del Movimiento Antroposófico, enterarse de que, además de la oración, existe aún otra forma de elevarse el alma humana a las potencias divino-espirituales del mundo: la meditación.

La meditación permite al hombre vivenciar en sí mismo un contenido espiritual, ya sea algo legado por los grandes espíritus rectores de la humanidad, o algo del contenido espiritual de las grandes culturas que el hombre ahonda, algo que le ofrece los medios para fusionarse, por breve tiempo, con las corrientes divino-espirituales del mundo.

6

El que medita, aunque sea en la forma más sencilla, aplicando alguna de las fórmulas de meditación que nos han sido legadas por los guías espirituales de la humanidad; repito, quien medita teniendo presente ante su mente alguna de esas fórmulas o alguno de los trascendentes contenidos de

pensamiento, y luego los deja morar en su corazón, experimentará su identificación con la espiritualidad superior, se sentirá invadido por una fuerza superior, y vivirá en ella.

Como ustedes saben, no sirve para este propósito un contenido mental cualquiera, sino alguno sugerido por los Maestros de la Sabiduría y de la Armoniosa Sensibilidad. El meditante, para empezar, ha de generar la fuerza que le permita vigorizar, elevar y vivificar sus facultades mentales ordinarias, y luego –si se pone la suficiente paciencia y perseverancia para que esa fuerza se infunda en él y le fortalezca, incluso en lo moral e intelectual- llega el momento en que, gracias al contenido de la meditación, se despiertan en él 7 fuerzas mas profundas que dormitan en toda alma humana. Desde el más sencillo fortalecimiento y vigorización moral, hasta las más elevadas regiones de la capacidad clarividente, existen todos los escalones intermedios alcanzables por la meditación.
La adquisición de los escalones superiores de la capacidad clarividente es simplemente cuestión de tiempo, paciencia y energía, para la mayoría de las personas.

Por lo común, la meditación se considera como modalidad más bien oriental de elevarse a Dios. En Occidente, y particularmente dentro de la comunidad cristiana, se practica, en lugar de la meditación, la oración, por cuyo medio el cristiano se eleva a Dios y busca, a su manera, acceso a los mundos superiores.

Hemos de aclarar, ante todo, que lo que hoy día, comúnmente se considera como oración, no valdría como tal en tiempos del Cristianismo primitivo ni, menos todavía, en la época del Fundador de la religión cristiana, esto es, del propio Cristo Jesús.
8
En sentido auténticamente cristiano, jamás se calificaría de oración el que alguien, en lo particular, suplicara a Dios que le concediese esto o aquello en afán de satisfacer sus deseos personales y egoístas. A quien implora o perora insistentemente por la satisfacción de sus deseos personales, pronto se le escapará por completo la universalidad y envergadura implícitas en la concesión de lo que la oración pretende; él supone que la Divinidad está ahí para prestar atención especial precisamente a cumplir sus deseos.

Un campesino que cultiva tal o cual cosecha, quizá necesite lluvia; al mismo tiempo, su vecino inmediato necesita la luz del sol. El uno ora por la lluvia; el otro por la luz solar. ¿Hacia quien ha de inclinarse la Divina Providencia? Más problemático todavía: ¿qué es lo que la Divina Providencia ha de hacer cuando dos ejércitos enemigos se enfrentan, y cada

uno ruega que Dios le conceda la victoria, porque cada uno considera que su victoria es la única justa?
9
Esto pone en evidencia, de inmediato, cuan poco de universalidad y de general humanidad encierra la oración surgida del deseo personal, y que incluso la concesión divina no puede favorecer sino a uno de los suplicantes.

Quien rece de esa manera, olvida aquella oración en la que el propio Cristo Jesús señaló el temple básico que ha de prevalecer en todas. Me refiero a la oración que reza: **"***Padre mío, si es posible aparta de mí este cáliz; pero hágase tu voluntad, no la mía"* He aquí la actitud básica de la oración cristiana. Sea lo que sea lo que se implora o ruega, ese temple básico ha de vibrar, como tónica clara, en el alma del orante, si la oración ha de ser cristiana.
Entonces, lo que se reza se convierte, para el hombre, en simple medio de elevación a regiones espirituales más elevadas, así como para sentir en sí mismo la presencia divina. Pero entonces, la fórmula suplicante eliminará todo deseo o impulso volitivo egoísta, en sentido de lo que encierran las palabras "no como yo quiero, sino como 10 sea tu voluntad". La fórmula propicia el que el orante se unimisme con el mundo divino. Al lograr este temple anímico como auténtica actitud oracional, la oración cristiana es exactamente lo mismo que la meditación, si bien con matiz más emotivo. Originalmente, la oración cristiana no era sino meditación, sólo que la meditación se realiza a nivel más bien mental, tratando de alcanzar, por medio de los pensamientos de los grandes guías de la humanidad, el acorde con las corrientes divinas que pasan por el mundo; lo propio se alcanza en la oración, aunque de manera más afectiva.

Vemos pues que, tanto a través de la oración como de la meditación, se busca lo que pudiéramos llamar "unificación del alma" con las corrientes divinas que fluyen por el Universo; se busca aquello que, en su escalón más elevado, suele llamarse "unión mística" con la Divinidad. El primer paso hacia esa unión es la oración; el primer paso es, asimismo, la meditación. Nunca podría el hombre unirse con su 11 Dios, ni establecer un vínculo con las entidades espirituales superiores, si no fuera, él mismo, efluvio de esa esencia divino-espiritual.

Como todos sabemos, el hombre es de naturaleza binaria; tiene los cuatro miembros constitutivos que a menudo hemos mencionado aquí:
El cuerpo físico
El cuerpo etéreo o vital
El cuerpo astral y

El yo.

Dentro del yo, el hombre posee el germen para el futuro, conocido en la sabiduría oriental con los nombres de Manas, Budhi y Atma, y que en la Ciencia Espiritual moderna, llamamos Yo Espiritual, Espíritu Vital y Hombre-Espíritu.

Para obtener una correcta apreciación de esos dos conjuntos, retrocedamos un poco a los tiempos de la génesis del hombre. Por mis charlas anteriores, ustedes saben que el hombre en su forma actual, es síntesis armónica de esos dos conjuntos: los tres miembros superiores rudimentos del futuro, y los cuatro inferiores. Saben asimismo que el hombre se configuró 12 adoptando esa estructura humana en un remoto pasado, que llamamos la época lemuriana de la Tierra.

Si retrocedemos, de nuestra época actual a la greco-latina, a la egipcio-asirio-caldea hasta la proto-persa y la proto-hindú, y luego continuamos el retroceso a tiempos anteriores todavía, llegamos al cataclismo atlante sugerido en las leyendas del Diluvio de todos los pueblos, y llegamos a los antepasados que vivían en el territorio situado entonces entre Europa y América, al que llamamos la Atlántida. Luego, retrocediendo más aún, llegamos a antepasados que, en los tiempos prístinos, habían poblado un país, entonces situado entre Australia y la India. No fue hasta mediados de aquella época, que la llamada tríada superior del hombre se asoció con sus cuatro miembros constitutivos inferiores.

Para tener una certera idea de esa asociación, hemos de razonar como sigue. El ente más evolucionado que existía en la Tierra durante la época lemuriana, todavía 13 no era lo que hoy entendemos por “hombre físico”; sólo existía una como elaborada envoltura animal del hombre actual. Esa envoltura era, pues, un ente, o conjunto de entidades integrado, en aquel entonces, por los cuatro miembros constitutivos inferiores de la raza humana. En cambio, la entidad humana superior, lo eterno de ella, aquello que continuará desarrollándose en el futuro a través de los tres gérmenes: Manas, Budhi y Atma, descansaba todavía en el seno de la Divinidad.

Para tener una imagen, quizá un poco trivial pero sí elocuente, del proceso que tuvo lugar en la época lemuriana, imagínense que en aquel momento, todos los seres humanos que hoy integran la humanidad habían logrado unos cuerpos que les permitían dar cabida al alma humana, comparable a como la esponja absorbe el agua. Imagínense, pues, un vaso de agua; en él no pueden discernir dónde termina una gota y principia otra; imagínense luego cierto número de esponjitas sumergidas en ese vaso; cada una de

ellas 14 absorberá una porción del agua. Y entonces lo que antes se hallaba en la vasija como aguas uniformes, se hallará repartida entre muchas esponjitas.

He aquí lo que pasó entonces con las almas humanas, si me permiten valerme de esa comparación trivial. Antes las almas descansaban, sin perfil propio, en el seno del primordial espíritu divino, sin individualidad; pero luego fueron absorbidas por los cuerpos humanos, y así individualizadas, como el agua por las esponjitas.

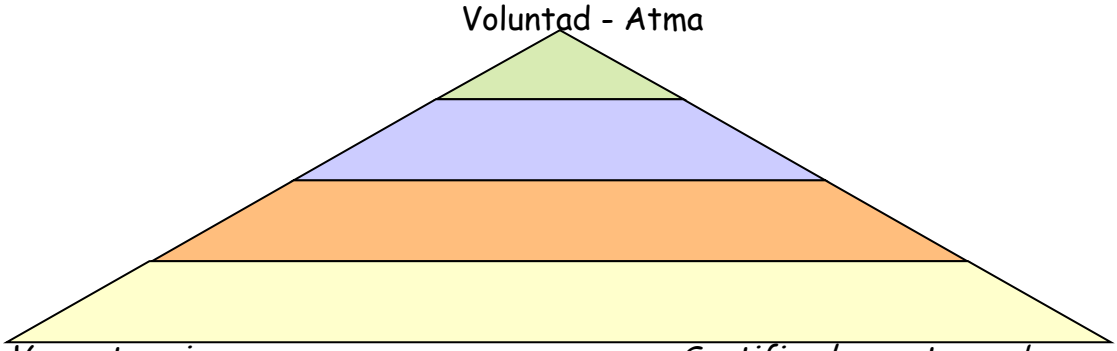
Aquello que en aquel entonces, época lemuriana, fue absorbido por los cuerpos individuales, es decir por el conjunto de los cuatro miembros constitutivos inferiores, ha proseguido en constante evolución hasta nuestros tiempos, y así continuará incesantemente hacia el futuro, en proceso de constante superación. En la llamada Ciencia Espiritual u Oculta, siempre se ha designado como "tríada superior", y se eligió como esquema de ese hombre generado a mediados de la época lemuriana 15 particularmente en la Escuela Pitagórica, el triángulo y el cuadrado, resultando de ahí el esquema del hombre compuesto (Ver figura).

Ahora ya no será difícil imaginar que lo superior, esto es lo eterno, que pasa por todas las encarnaciones, puede contemplarse desde dos puntos de vista:

1) considerarlo como sustancia sempiterna de la humanidad
2) considerarlo como parte de la entidad divina, que ella cedió cual si fuera porción o gota de su propio contenido, depositada desde entonces en el cuaternario receptáculo humano, como gota individualizada y autónoma de la Divinidad.

Así pueden ustedes llegar a intuir que los tres miembros superiores de la entidad humana, lo eterno, han de considerarse, no tan sólo como los tres principios más elevados de esa "entidad humana", sino al mismo tiempo, como principios de la propia Divinidad. En otras palabras, aquello que constituye los tres miembros superiores de la naturaleza humana representa, a la vez, los tres miembros inferiores de la Divinidad inmediata superior al hombre.
16

Padre nuestro que estás en los cielos
Sea hecha tu voluntad
Voluntad - Atma



Venga tu reino
Reino – Budhi

Santificado sea tu nombre
Nombre – Manas

Yo
Mal
Líbranos del mal

Cuerpo Astral
Tentación
No nos induzcas a la tentación

Cuerpo Físico

Danos hoy nuestro pan cotidiano

Cuerpo Etéreo
Deuda
Perdona nuestras deudas
Como nosotros perdonamos
A nuestros deudores

17

¿Cómo podríamos enumerar los principios constitutivos de aquellas entidades divinas que, en aquellos tiempos, cedieron a la humanidad la "gota del alma"? Al contemplar al hombre, empezamos la enumeración con su cuerpo físico, continuamos luego con los cuerpos etéreo y astral y con el yo, para ascender de Manas hasta Atma; en cambio en el caso de las entidades divinas, hemos de empezar con Manas como su miembro inferior; continuar con Budhi y Atma, y ascender a sublimes principios superiores más allá de Atma, y de los que el hombre actual no puede formarse una idea hasta que se convierta en discípulo de los iniciados.

Insisto: los tres principios que integran al hombre superior pueden considerarse, a la vez, como principios de la Divinidad.

Para nuestro cometido de hoy concibámoslos, no en lo que tienen de humanos, 18 sino como divinos, y tratemos de describirlos en cuanto a su índole.

El más elevado de los principios integrales de la entidad humana es Atma, principio que él modelará al final de su carrera terrena, esto es, de su carrera planetaria actual. En sentido de la Ciencia Espiritual, podemos caracterizar ese principio, comparando su esencia primordial con algo que al hombre actual apenas le es conocido como leve insinuación, o sea, con la **voluntad** que él lleva implícita en sus entrañas, aunque virtualmente sin tener conciencia de ella. La característica fundamental de aquel más elevado de los principios divinos que laten en el hombre, es su **índole volitiva**, es un a modo de volición.
En el futuro, cuando el hombre ascienda a escalones más elevados, la voluntad, hoy por hoy la parte menos evolucionada de su esencia interna, será su principio sobresaliente.

Hoy día el hombre es, ante todo, entidad cognoscente, en tanto que su voluntad 19 hállase todavía restringida en múltiples aspectos. El hombre sí es capaz, hasta cierto grado, de aprehender en su universalidad el mundo que le rodea. Piensen en cambio, cuán poco es lo que el hombre, además de comprenderlo, es capaz de asir con su voluntad; en otras palabras, cuán reducido es el poder que él ejerce sobre lo que él haya conocido. Mas lo que hoy todavía él no posee, se lo deparará el futuro; su voluntad crecerá en poder hasta alcanzar la gran meta que, en la Ciencia Espiritual, llamamos el "gran sacrificio", y que consiste en que la voluntad sea tan poderosa que, a quien la posee le sea posible la entrega total, es decir, ser capaz de ofrendar, no sólo lo poco que el hombre, con sus reducidas fuerzas

emotivas y volitivas, pueda ofrecer, sino de entregarse con la totalidad de su ser, derramarse a sí mismo como entidad concretada hasta en lo sustancial.

Para suscitarles una idea del significado de esa magna ofrenda, suprema manifestación de la Voluntad en la naturaleza 20 divina, sirva la siguiente imagen: supóngase ante un espejo, e imaginen su efigie mirándoles desde él. Esa efigie es una ilusión perfectamente idéntica a ustedes. Imaginen, además, que ustedes hayan ya fallecido por haber sacrificado su propia existencia, su sentir, su pensar, su ser, a fin de vivificar esa efigie y convertirla en lo que ustedes mismos son. Ofrendarse a sí mismo, y ceder a la efigie la propia vida: he ahí lo que la Ciencia Espiritual de todos los tiempos, ha llamado **emanación.** De ser capaces de ella ustedes dejarían de existir, porque habrían entregado todo lo que era suyo en aras de resucitar, en la efigie, la vida y la conciencia.

Una vez alcanzado el escalón de poder consumar aquella magna ofrenda, la voluntad crea un universo, grande o pequeño, que será una imagen refleja que reciba la misión asignada por la esencia de su creador. He ahí, perfilada, la función de la Voluntad creadora palpitando en el seno de la Entidad Divina. Con esa metáfora queda, a la vez, destacado junto a la 21 Voluntad, el segundo principio de la Divinidad en cuanto derramado en el ser humano, o sea la propia imagen refleja.

Proyéctese intensamente en una Divinidad demiurga que, al crear mundos, es el centro del Universo. Con este objeto, imaginen un punto de este salón rodeado, en vez de por seis paredes, por una esfera hueca con superficie reflectora hacia adentro. Así ustedes, desde el centro, se verán reflejados en todas direcciones, y habrán generado la imagen de una Divinidad como centro volitivo, que se refleja en todos sentidos; ese espejo, a la vez que imagen de la propia divinidad, será también el Universo.

Así concebido, ¿qué es el Universo? Simple espejo de la esencia de la Divinidad. El que además, el Universo viva y palpite, se debe a que la Divinidad, en su magna ofrenda y reflejar Su Universo, realiza el acto de Emanación que acabamos de contemplar a propósito de la vivificación de la imagen refleja.
22
Todo el Universo se halla animado por la Voluntad Universal que se manifiesta en variedad infinita. Ese proceso de infinita propagación, de reproducción de la Divinidad recibe, en la Ciencia Espiritual o Esotérica, el nombre de **Reino**, en contraste con la Voluntad. Por lo tanto <u>la **Voluntad**</u>

constituye el centro, y el espejo de la Voluntad es el Reino, lo que nos permite comparar esa Voluntad con Atma u Hombre-Espíritu, así como comparar el Reino, imagen refleja de la Voluntad, con Budhi o Espíritu Vital.

Este Reino es de tal índole que reproduce, en infinita diversidad, la esencia de lo Divino. Deténgase ante ese Reino en toda su extensión, en cuanto que reino nuestro, diversidad nuestra, Universo nuestro. Considérenlo en su parte visible, en los minerales, vegetales, animales y seres humanos; en todos y cada uno de ellos se manifiesta el Reino. Por algo ha de ser que hasta en nuestros días, nuestra lengua dé a esas grandes extensiones del Universo, el nombre de reinos; así, el reino mineral, el 23 reino vegetal, el reino animal. Luego, si nos detenemos en los pormenores, nos percatamos de que también todos ellos son de naturaleza divina; en todos ellos se refleja la naturaleza, igual a como el centro se refleja en la esfera hueca. De ahí que quien contempla el mundo en sentido de la investigación oculta percibe, en todo mineral, en todo vegetal, en todo animal y todo ser humano, el reflejo de Dios, expresión e impronta de lo Divino.

En el Reino, la Divinidad se patentiza a través de entidades en infinita gradación y en infinita diversidad. En sentido de la Ciencia Espiritual, quien haya alcanzado el escalón de considerar todas las individuales entidades como emanaciones de lo Divino, las distinguirá dándoles un Nombre. El nombre es aquello que el hombre concibe como entidad singular; es aquello que permite distinguir los singulares miembros de esa gran pluralidad. El **Nombre** es, pues, el tercero de los tres supremos principios humanos que emanan de lo divino, y corresponde a Manas o 24 Yo espiritual. Así, el esoterismo de las diversas religiones ha enseñado, ingenuamente, qué es lo que ha emanado de la Divinidad, se ha vertido en nosotros y convertido en nuestra imagen eterna.

Si tratáis de encontraros en aquello hacia lo cual habréis de elevaros finalmente, descubriréis su índole volitiva.

Si tratáis de elevaros hacia aquello que es receptáculo de esa Voluntad, vasija de Atma, o sea hacia la Budhi, captaréis lo que, para los dioses, es el Reino.

Y si tratáis de elevaros hacia aquello que identificáis por el Nombre, por el concepto o por la idea de las cosas, captaréis lo que, para los Dioses, es el Nombre.

He aquí la enseñanza vetusta, según la cual Nombre, Reino y Voluntad, integran la Tríada, miembro de la Divinidad infusa en la naturaleza humana como su parte eterna. Así, hemos reconocido esa tríada superior como una parte de lo Divino.
25
Para redondear nuestra contemplación, echemos ahora una mirada a los cuatro miembros inferiores del hombre perecedero. Acabamos de reconocer que sus tres miembros superiores pueden concebirse, además de humanos, en su otro aspecto, miembros de la Divinidad. Similarmente, los cuatro miembros inferiores de la naturaleza humana podemos considerarlos como miembros del mundo corruptible.

Detengámonos en el **cuerpo físico**. Hállase compuesto de las mismas sustancias y de las mismas fuerzas que el mundo, aparentemente inanimado, aparentemente inanimado, en torno suyo. Este cuerpo físico no podría subsistir si no se introdujeran en él, constantemente, sustancias y fuerzas procedentes del mundo físico que le rodea, y lo reconstruyeran una y otra vez. En rigor, nuestro cuerpo físico es una permanente estación de tránsito para todo lo que le integra; afluyen y fluyen las sustancias que integran también el Universo externo, y que sólo transitoriamente están en nosotros. Ya hemos mencionado, en otras 26 ocasiones, en el curso de siete años se renueva toda la materialidad del cuerpo humano; en ninguno de nosotros subsisten hoy las sustancias que lo integraban hace 10 años; el hombre se halla en proceso de permanente renovación de su cuerpo físico; lo que, hace algún tiempo, se encontraba en nosotros, hoy se encuentra quién sabe en que parte distinta; otras sustancias han venido a reemplazarlo. La vida del cuerpo depende de la continua aferencia y eferencia de la materia.

Así como hemos considerado los tres miembros superiores de la entidad humana como partes de la Divinidad, asimismo podemos considerar sus cuatro miembros inferiores como partes de la Divina Naturaleza. El cuerpo físico es parte de la materialidad de nuestro planeta; la sustancia de ese cuerpo ha sido tomada de nuestro planeta, y hacia él retorna.
Análogamente, también al cuerpo etéreo podemos definirlo como miembro de nuestro entorno terrestre, y lo propio vale, asimismo, para el cuerpo astral.
27
Con fines de aclaración, conviene que nos detengamos en el cuerpo etéreo o vital y el cuerpo astral en su conjunto. Ya saben ustedes que el **cuerpo astral** es el vehículo de todo lo que se agita en el hombre como instintos, apetencias y pasiones, portador de todo lo que alienta en el alma humana como alegría y sufrimientos, placer y dolor, en tanto que el **cuerpo vital o**

etéreo conserva y exhibe los atributos anímicos más bien permanentes, los de mayor duración y es vehículo de ellos.

Ya en otras ocasiones, he comparado ante ustedes la evolución del cuerpo etéreo y la del cuerpo astral, con el movimiento del horario y del minutero del reloj. Si recuerdan lo que aprendieron y vivenciaron a la edad de ocho años, y lo comparan con sus conocimientos y vivencias actuales, notarán una enorme diferencia. Muchísimo es lo que han aprendido, muchísimas son las representaciones que han hecho suyas; mucho de lo que hicieron de niños ha desfilado ante su alma en forma de vivencias alegres y dolorosas; 28 ¡y no solamente ha desfilado ante el alma, sino que ha pasado a través de ella! Y ahora hagan una comparación entre todo esto y lo que constituye su temperamento, su carácter, sus inclinaciones permanentes, y descubrirán que, si a la edad de ocho años eran corajudos, lo más probable es que sigan siéndolo a su edad actual; ala mayoría conserva de por vida su disposición fundamental.

Recientemente hemos insistido en que la disciplina oculta no implica ningún aprendizaje teórico, sino que consiste en aplicar el principio de evolución a los entes del cuerpo etéreo, en vez de aceptarlos tan sólo como esquemas estacionarios. De mayor importancia será el logro para el discípulo si ha transformado alguno de los atributos de su temperamento o de su disposición fundamental, y así adelantado el horario del reloj un poco más rápidamente de lo que normalmente habría sido. Todo lo que se halla sujeto a evolución lenta- las inclinaciones permanentes, los rasgos permanentes del temperamento, los hábitos 29 permanentes- se halla arraigado en el cuerpo etéreo o vital; en cambio todo lo que figuradamente hablando, se transforma a la velocidad del minutero, se halla arraigado en el cuerpo astral.

Ahora bien, si ustedes aplican todo esto al medio ambiente del hombre, a su vida en el mundo externo, se darán cuenta de que, por medio de sus hábitos, temperamento e inclinaciones permanentes, se hallan vinculados a su época, a su pueblo, a su familia. Precisamente los atributos que el individuo posee como invariables y estacionarios, se diagnostican no tan solo en él, sino en todos los que, de alguna manera, se hallan relacionados con él: los de su familia, de su pueblo, etc.; los integrantes de un mismo pueblo se identifican por los hábitos y temperamentos que tienen en común. Este trasfondo de inclinaciones y hábitos que ha de ser transformado en el individuo que pretenda entrar en una evolución espiritual, define su ser superior. Por eso a ese individuo se le llama “sin hogar”, porque ha de cambiar su cuerpo 30 etéreo, es decir, cambiar precisamente aquello que lo vincula a su pueblo.

Si nos detenemos en nuestra convivencia con las comunidades en las que hemos nacido, comprobamos que los atributos en virtud de los cuales pertenecemos a una familia o a un pueblo, y en virtud de los cuales sentimos afinidad con los integrantes de ese pueblo, son similares a los que predominan en nuestra época. ¡Cuán poco nos entenderíamos, si hoy nos topáramos con un representante del antiguo pueblo griego! Y es que su cuerpo etéreo es ya demasiado distinto del hombre actual; y los hombres se entienden precisamente en función de los atributos comunes enraizados en el cuerpo etéreo.

Distinta es la función del cuerpo astral; en él se hallan arraigados los rasgos de la personalidad humana en virtud de los cuales los individuos se aíslan por encima de lo que les es común, y se particularizan en el seno de la familia o de su pueblo, siendo no simplemente francés, o alemán, o 31 familiar, sino ente particular del pueblo o de la familia, capaz de trascender la suma de sus características genéricas. De todo ello es portador el cuerpo astral, por contener más bien lo individual, lo personal.

Por lo tanto, el hombre que comete una falta a nivel de su cuerpo etéreo o vital, se convierte en pecador en el círculo de sus congéneres, y desatiende sus deberes sociales interhumanos, fundamento de toda convivencia social. En cambio, los pecados que son más bien de índole individual, es decir, los que el hombre comete tan sólo como persona particular, son fallas originadas por los atributos del cuerpo astral.

Desde siempre, las ciencias ocultas han designado con el nombre de Deuda, las faltas cometidas contra la comunidad, procedentes del defectuoso cuerpo etéreo. La palabra “deuda”, en su acepción común y trivial, tiene un origen muy similar al de “deuda” en sentido moral, que significa lo que uno le debe a otro, moralmente. Insisto: 32 la Deuda se atribuye a defectuosas propiedades del cuerpo etéreo. En cambio aquello que, cual defectuosas propiedades, arrastra el cuerpo astral, suele llamarse Tentación; tentación es, pues, aquello que mueve al individuo a cometer un pecado personal.

Finalmente, nos queda todavía el pecado del yo, es decir de la personalidad propiamente tal. El pecado del yo, es decir aquello que, particularmente, puede motivar la caída del yo, se halla insinuado en el Mito del Paraíso; en aquel momento prístino, cuando el alma humana fue descendida del seno de la Divinidad y se introdujo por primera vez en un cuerpo físico, es decir cuando fue absorbida por ese cuerpo físico como la gota de agua por la esponjita, entonces fue cuando el alma humana superior pasó a ser egoidad.

Esa alma humana o egoidad, puede cometer faltas dentro del marco del yo. El hombre puede caer, no sólo a consecuencia de los atributos defectuosos del cuerpo etéreo y del astral, sino también en virtud 33 de haber alcanzado su autonomía. No olvidemos que para ascender, paulatina y conscientemente, hacia la libertad y la autonomía, el hombre hubo de pasar por la etapa de la concientización de su propia persona, esto es, la, del egoísmo. El hombre descendió del Paraíso como alma que, por ser miembro de la Divinidad, no podía sucumbir al egoísmo; el miembro que integra un organismo jamás presume de ser ente autónomo. Por ejemplo, el dedo que viviera semejante ilusión se desprendería y se neurotizaría. Esa autonomía hacia la que el hombre ha de ir desarrollándose, y que sólo cobrará su pleno significado cuando su temple básico sea el desinterés, nunca hubiera podido nacer si no hubiera arrancado, en primera instancia, del egoísmo. El egoísmo anidó en el cuerpo humano, y así el hombre se convirtió en ser egoísta.

Vemos pues, que el yo obedece a todos los instintos e inclinaciones del cuerpo. El hombre "devora" a sus congéneres, obedece toda clase de instintos y apetencias, y se 34 halla totalmente enmarañado en su receptáculo terreno, a semejanza de la gota de agua en la esponja.

El mito del Paraíso nos sugiere cuál clase de pecados pudo el hombre cometer en virtud de haberse convertido en semejante ser dotado de yo, es decir, en ser de autonomía plena. En tanto que, en el Paraíso, el que se nutría de lo Universal como la gota que, confundida con el agua, extrae su fuerza del inmenso caudal que integra, ahora, expulsado del Paraíso, posee dentro de sí mismo todos sus móviles. A esto alude el mito del Paraíso en el símbolo de "morder la manzana"; por algo ha de ser que, en latín, **malum** significa "el mal" y también "la manzana"
Todas las genuinas significaciones de las palabras, en cuanto que pertenecen al esoterismo, tienen profunda conexión interna: en la ciencia oculta; la palabra "el Mal" se aplica exclusivamente a los pecados propios del yo, que emanan del yo.

Sintetizo: "el Mal" es un pecado incurrido por un impulso del propio yo; la "Deuda" 35 corresponde a la falta que el cuerpo etéreo comete en la convivencia social con otros hombres; la "Tentación" es aquello que incide en el cuerpo astral, en cuanto que portador de defectos individuales o personales. La falta que comete el cuerpo etéreo o vital es, pues, Deuda; la del cuerpo astral, Tentación; la del yo, el Mal.

Si nos detenemos en la relación existente entre los cuatro miembros constitutivos inferiores de la entidad humana y su peri mundo, es decir su

envoltura planetaria, nos damos cuenta de que el cuerpo físico constantemente hace suya la sustancia física que le sirve de alimento y así mantiene funcionando su existencia. Nos damos cuenta, asimismo, que la vida del cuerpo vital o etéreo dentro de la finitud, se logra gracias a que el individuo, mancomunadamente con sus congéneres, mantiene la comunidad de que forma parte. Nos damos cuenta, además, que el cuerpo astral se mantiene erguido en virtud de no sucumbir a la Tentación. Y nos damos cuenta, finalmente, de que el yo se 36 mantiene firme y avanza en su evolución como es debido, si no se rinde a lo que llamamos el Mal.

Traten ahora de visualizar, en su conjunto, la totalidad de la naturaleza humana, es decir la tétrada inferior y la tríada superior, y legarán a decirse: en el individuo humano vive una gota divina, y el hombre se halla encaminado en su evolución hacia lo Divino, esto es, hacia la acuñación de los fondos arcanos de su ser.
Una vez acuñada esa profunda esencia, habrá logrado transformar su propio ser, por medio de la paulatina evolución, en Aquello que el Cristianismo llama el "Padre".

"El "Padre en el Cielo" es aquello que yace oculto en el alma humana, Aquello que flota ante la visión de la humanidad como su propia meta. Si el hombre pretende desarrollarse hacia Aquello, necesita poseer la fuerza de desarrollar su tríada superior y su tétrada inferior, hacia el punto en que una y otra mantengan la correcta 37 integración del cuerpo físico; el cuerpo etéreo o vital ha de actuar en el hombre de modo que produzca una compensación con la Deuda que en él late; el cuerpo astral no ha de sucumbir a la Tentación, ni el "cuerpo del yo" rendirse al Mal.

Hacia arriba, el hombre ha de aspirar al "Padre en el Cielo", a través de los tres miembros superiores, o sea que a través del Nombre, a través del Reino y a través de la Voluntad. El Nombre ha de ser aprehendido por medio de sentimientos que lo santifiquen. Para lograrlos, ¡contempla las cosas en derredor tuyo!; en su multiplicidad, son expresión de lo Divino. Si enuncias su nombre, las aprehendes como miembros del orden divino del mundo. Todo cuanto tengas en tu derredor te sea sagrado; y trata que el nombre que le des, lo convierta en miembro de la Entidad divina.
Santifícalo; introdúcete creciendo en el Reino que es efluvio de la Divinidad, y encúmbrate hacia la Voluntad que será un Atma y, al mismo tiempo, uno de los miembros de la Divinidad.
38
Imaginen ahora a un hombre que, en meditación, se hunde profundamente en el significado de la Evolución, y que trata de sintetizar ese significado, los siete pasos evolutivos, en siete ruegos de una plegaria.

¿Cómo lo va a expresar?

Para expresar el objetivo de la plegaria, el meditante antepondrá a la enunciación de los siete ruegos, la invocación:

Padre nuestro
Que estás en los cielos.

Con esto, se alude al más hondo subsuelo del alma humana, a nuestra condición íntima que, en sentido del esoterismo cristiano, pertenece al Reino espiritual.
Los primeros tres ruegos se refieren a los tres miembros superiores de la entidad humana, al contenido divino del hombre:

Santificado sea tu Nombre.
Venga tu Reino.
Sea hecha tu Voluntad…

39
Acto seguido, nos transferimos del Reino espiritual al reino terrenal:

Sea hecha tu voluntad,
así como en el cielo,
así también en la Tierra.

Los últimos cuatro ruegos se refieren a los cuatro miembros inferiores de la entidad humana.

¿Qué diremos del cuerpo físico, para que sea mantenido en la vida planetaria?

Dános hoy nuestro pan cotidiano

¿Qué diremos del cuerpo etéreo o vital?

Perdónanos nuestras deudas,
como también nosotros
perdonamos a nuestros deudores

He aquí la compensación de los efectos de las faltas del cuerpo etéreo
40
¿Qué diremos a propósito del cuerpo astral?

No nos induzcas a la tentación.

Y ¿Qué diremos en lo tocante al yo?

Líbranos del mal

Así pues, los siete ruegos del Padrenuestro no son sino expresión de que el alma humana, al elevarse como corresponde, se dirige a la Voluntad divina, impetrándola a encaminar las diversas partes del ser humano en un proceso

tal, que el hombre encuentre su correcta jornada por el Universo y desarrolle, de manera asimismo correcta, todas las partes que le integran.

Así pues, el Padrenuestro es una oración por medio de la cual el hombre, cuando lo necesite, pueda elevarse al significado del desarrollo de su séptuple naturaleza, y los siete ruegos expresarán la concepción científico-espiritual de la naturaleza 41 humana, incluso cuando los enuncia el más ingenuo, que ni los entiende.

Todo lo que jamás ha existido en fórmulas de meditación dentro de las grandes agrupaciones religiosas, ha surgido de la ciencia oculta. Observen todas las oraciones genuinas y desarticúlenlas palabra por palabra; nunca encontrarán que ellas sean vocablos arbitrariamente ensartados. No se ha obedecido a un oscuro impulso de enhebrar bellas palabras; no es éste el caso. Los grandes sabios han elaborado los textos oracionales a partir de las sabias enseñanzas que hoy se llaman Ciencia Espiritual. No existe auténtica fórmula de plegaria que no haya nacido de luminosas intuiciones; y el gran Iniciado y Fundador del Cristianismo, Cristo Jesús, en el momento de enseñar a sus discípulos la magna oración central, tenía presente los siete miembros de la entidad humana, y quedaron plasmados en el rezo.

Así es como son ordenadas todas las oraciones. Si no lo fueran, no tendrían la 42 virtud de actuar a través de milenios. Sólo lo así estructurado tiene el poder de actuar, incluso en el hombre ingenuo, que ni siquiera capta el sentido de las palabras.

Una comparación entre lo que vive en el alma humana y lo que tiene lugar en la planta, servirá para mayor claridad.

Mirad la planta, ella os deleita, aunque nada sepáis de las grandes leyes universales que la produjeron. La planta ahí está, y podéis elevaros simplemente contemplándola; no podría haber sido creada si no se hubieran derramado en ella las leyes sempiternas. No hace falta que el alma candorosa comprenda esas leyes, mas para que la planta sea, ha de haber surgido de leyes que la crearan.

Para que la oración sea eficaz no puede ser invención arbitraria, sino haber surgido de las prístinas y sempiternas leyes de la sabiduría, al igual que dieron origen a la planta. Ninguna oración puede alcanzar auténtico significado para entendidos y 43 desentendidos, si no proviene de la sabiduría primordial.

Ha llegado la época en que los hombres que, por tanto tiempo, contemplaron la planta y se deleitaron mirándola, han de ser orientados hacia el sabio contenido de las leyes. Durante dos milenios, los cristianos han rezado al igual a como el hombre ingenuo mira la planta. En el futuro, el cristiano se adentrará en la virtud de la oración, intuyendo la profunda sabiduría primordial de la que la oración emana.

Todas las oraciones, particularmente la magna oración central de la vida cristiana, el Padrenuestro, son expresión de esa sabiduría primordial. Y así como la luz se expresa a través de siete colores y el modo musical a través de siete tonos, asimismo la vida humana que de séptuple manera se eleva hacia Dios, se manifiesta en siete distintos sentimientos de exaltación relacionados con la séptuple entidad humana, esto es, a través de los siete ruegos del Padrenuestro.
44
Así, el Padrenuestro se yergue ante el alma del antropósofo, como expresión del hombre séptuple.
45